

ELÍSEO MEIFRÉN

La reciente exposición de sus obras en el «Círculo Artístico», después de algunos años de eclipse debido á largas ausencias, y más que todo á su propia voluntad, ha hecho sonar otra vez con simpatía el nombre de este esclarecido artista.

Pocos podrán contar en su biografía las peripecias de ese espíritu movido é inquieto que ha pasado por todos los grados de la prosperidad, incluso los del mayor abatimiento. Unas veces, trabajando para vivir, otras viviendo para estudiar, Meifrén ha unido su nombre al renacimiento de la pintura catalana, á la que honra con su incansable actividad y con la calidad de sus obras, imprimiéndolas sello personal, tan difícil de poseer en nuestros tiempos de imitación y de moda. Como todos los verdaderos talentos, ha sabido evolucionar viviendo con su época; pero su evolución, más que reflejo de ajenas maneras de ser, ha sido el perfeccionamiento continuado de sus propias cualidades, que, por espíritu innato en él, coincidían con las nuevas corrientes.

Si las impurezas de la vida no le hubieran obligado en sus principios á buscar el camino más breve para crearse un nombre y una posición, Meifrén hubiera sido un artista enciclopédico dentro de la pintura, pues hay en él estofa para abarcar cumplidamente todos los géneros. Las especiales circunstancias de su vida, sin embargo, han hecho que brillara más comunemente en el paisaje y en particular la marina de la que se ha hecho notabilísimo cultivador.

Su facilidad mecánica es realmente asombrosa, hasta tal punto que por mucho tiempo creímos que su excesiva facilidad le impediría realizar obras maduras y reflexivas, como compete á artista que desee perdurar en la posteridad. Hemos de confesar lealmente el error en que estábamos, al ver los cuadros que ha producido durante el último lustro; y tal vez en esto consista su verdadera evolución. Porque, á nuestro juicio, el Meifrén actual conserva casi íntegras las facultades que caracterizaron sus obras en los comienzos de su carrera; sólo que su órgano visual se ha refinado; su mano ha adquirido la reposada habilidad del maestro y su inteligencia, regida por su fuerza de voluntad, ha completado su orientación por los senderos del buen gusto.

Es un hijo predilecto del *plen air*. De su paleta están desterradas todas las entonaciones bituminosas que tanto han privado en nuestra región, y hay que hacerle la justicia de reconocer que en este punto fué más bien precursor que secuaz. Sus tonalidades grises no fueron obra de imitación sino de temperamento, y á ello debe sin duda que sus cuadros sean los de un colorista que sabe distinguir los infinitos matices de la naturaleza. En efecto, si contemplamos una exposición como la que celebró en el «Círculo Artístico», vemos en el conjunto de sus sesenta obras cierta uniformidad general que á la primera ojeada las confunde á todas en el mismo ambiente gris. Pero si nos fijamos en cada cuadro en particular, sorprendenos la manera cómo se disgregan las varias tonalidades, destacándose en ocasiones bruscamente unas de otras, pero enlazadas, aproximadas, en el aéreo ambiente con que las funde el autor.

Así es como ha podido lograr efectos tan opuestos y de gama tan compleja como los que corren entre la naturaleza á pleno sol y las fosforescentes entonaciones nocturnas á la luz de la luna, sorprendiendo el carácter de cada hora del día, sin apelar jamás á recursos artificiosos.

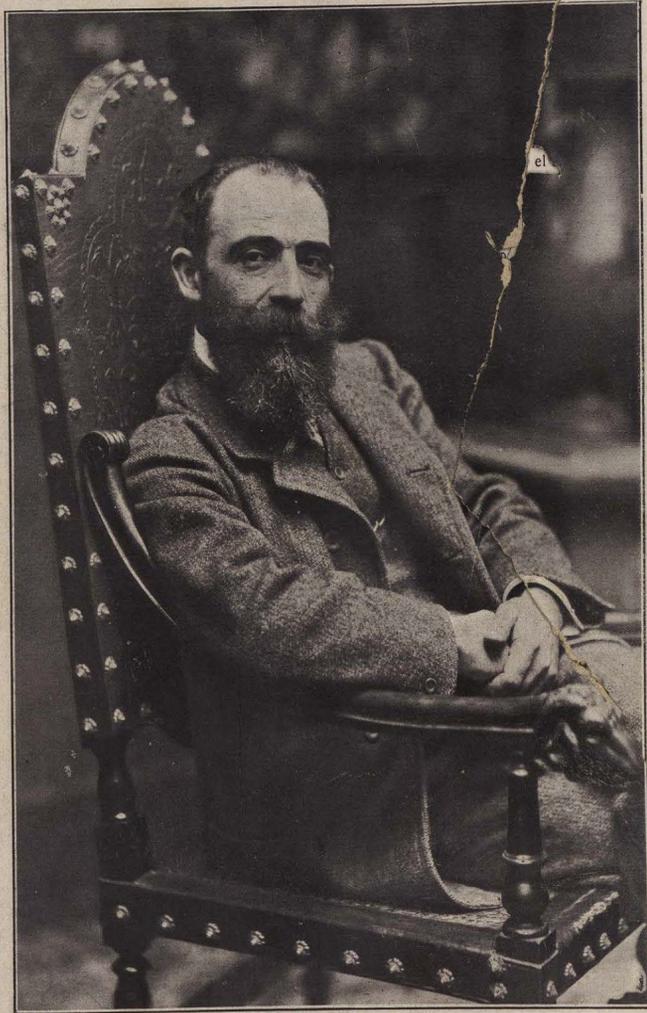
Así, también, ha podido robar al mar sus calmas de lago durmiente y sus oleajes tempestuosos; sus transparencias de topacio y sus indecisos horizontes; á la tierra la aspereza de sus rocas, las líneas movilizadas de sus arboledas, la diafanidad de sus sombras; y al cielo la variedad infinita de sus fugaces coloraciones.

¿Cómo ha aprendido todo esto? Es un misterio, como lo es que los pájaros nazcan perfectos cantores. Tenemos la convicción de que sus primeras lecciones en la Academia de Bellas Artes debían llevarle por muy distintos senderos de los que ha seguido, y hemos de creer en su innata fuerza impulsiva cuando le vemos, apenas principiante, empezar la asidua labor á que le obligara la lucha por la existencia, labor continua de productividad, que servía al propio tiempo de estudio y de modo de vivir. La naturaleza ponía las imágenes y Meifrén su sensibilidad artística y su facilidad. Los años y el bienestar han añadido la conciencia.

La exposición del «Círculo Artístico», algunas de cuyas obras damos en el presente número, fué como el compendio de su personalidad artística. Presentábase, bajo el punto de vista del género de sus cuadros, como marinista y como paisajista; y, en esta última acepción, en el subgénero de pintor de interiores, patios y portales. Como eterno peregrino, sus cuadros eran trasunto de los más opuestos climas, pues los había de la Argentina, de Canarias, de Cadaqués, de Ná-

nupcial! de Barcelona y de Charenton (Francia). Había en sus estudios acabados, trozos de una corrección gigante (Canarias) y cuadros de gran tamaño *Virgen* que publicamos. Recordamos aun con chosamente titulada *Azul y oro* prototipo del Meifrén, sin que debamos echar en olvido las demé- *ingleses* (Argentina), *De 11 á 12*, *Mi hora*, *Desde blime*, *Silencio y Mediodía*; y entre los paisajes, *El jal gigante*, *Tarajales*, *El huerto de Rosendo*, *Vasol*, *Venecia* (noche), *Un trozo del «Freser»*, *Ar Los pantanos*; y entre los interiores, que es en é altura, recordamos el *Patio de la Aurora*, *Desde de casa Rahola* por no citarlos todos, pues todo

El éxito artístico de su exposición corresponde á sus aspiraciones; no así el financiero, pues, con dolor, los primates del dinero hicieron coro con él, pero no se dieron por entendidos en punto á



Fot. de Audouard.



contante y sonante su cultura. Verdaderamente, el único gran señor fué Meifrén que tiró por la ventana quince mil pesetas para contribuir al progreso moral de esta región, como diría cualquier estadista de menor cuantía.

Meifrén se consolará fácilmente de este desengaño, pues su temperamento es de los que se crecen con la contrariedad; batallador incansable, seguirá su camino con la satisfacción de haber dado á su país mucho más de lo que ha recibido. Sus dos terceras medallas y una segunda de Madrid, sus dos terceras de París, su medalla de oro de Valencia y sus tres primeras de Barcelona atestiguan su afán de buscar la ajena consideración en el glorioso campo de los certámenes. Da fe de su modestia el haber rechazado la cruz de Carlos III, por la que le propuso el Jurado de Madrid; y sus cuarenta años y la plenitud de sus hermosas facultades son garantía de lo mucho bueno que hay que esperar de su actividad.

FRANCISCO CASANOVAS

EXPOSICIÓN MEIFRÉN

EN LA ARGENTINA

(Año 1900)

Párrafos sueltos de un juicio crítico

Un deber de solidaridad artística para con el fuerte pintor que visita hoy nuestras playas, trayendo consigo la muestra luminosa de su claro talento, nos induce á darle la bienvenida; y la circunstancia de hallar en él un fervoroso adepto del amplio credo estético que nosotros profesamos, nos mueve á presentarle á los visitantes de su Exposición.

Eliseo Meifrén es un pintor español; nació en Cataluña en 1857;



es un hombre joven, de estatura mediana y complexión robusta; una frecuentación asidua del paisaje le ha dado una fisonomía en cierto modo agreste, una franqueza pastoril y una independencia de ideas y de gustos que sería montañés si no estuviera temperada por una jovialidad campechana, cuya risa espontánea y comunicativa suele dejar el sitio á vibrantes entusiasmos.

Organizado para la pintura, se dedicó á ella relativamente tarde, como si hubiera tenido la obscura noción de que este dón, que requiere en los otros un prolongado cultivo, fuera en él una función natural para cuyo ejercicio bastara ser adulto; así, pues, entró en la carrera como el terranova entra en el agua; nadó, es decir, pintó desde el primer momento.

Pero también, si un oculista forrado de pintor—el doctor Lagleize, por ejemplo,—observara su retina como nosotros podemos analizarla á través de su obra, hallaría un receptáculo maravilloso para la sensación colorida, en donde cada vibración de la luz queda registrada con singular precisión, en donde cada matiz se ubica, como en el prisma, en el

casillero de Iris. La atmósfera, ese eterno crisol, en el que la aurora, el día y la noche funden perennemente su hálito, su lumbre y sus vapores, no tiene secretos para este oficiante de los cultos exteriores, que escruta sus misterios con la clarividencia del creyente.

La índole de su temperamento, la llaneza de su carácter y la exquisita percepción de su óptica, le llevaron derecho al seno de la naturaleza libre, á la orilla del mar y á la campiña agreste. Allí instaló su caballete y, mientras la brisa marina oreaba su frente, en donde bullía la inspiración decorativa, la mano obediente trazaba la síntesis del espacio visible y edificaba, mediante la acción de los colores primarios, la intangible arquitectura de una calma, la amenaza de una tempestad, la sugestión del viento frío, el gran latido y el sollozo augusto del océano.

Entre la vasta obra que nos presenta el señor Meifrén, detengámonos un momento frente á aquellos de sus cuadros tipos, que caracterizan más acentuadamente sus tendencias y revelan la extensión de sus facultades y recursos.

El artista nos ofrece sus impresiones de las costas de España, de Ca-



narias, de la campaña de Francia, de mar del Plata y de Palermo; efectivamente, dentro de la unidad decorativa de su estilo, que presta un aire de familia á la obra entera, no solamente las horas se destacan desgranando en el ambiente la suma exacta de sus vibraciones sonoras, correspondientes á la mañana, al medio día, al crepúsculo vespertino y á la noche, sino que también los climas varían de acuerdo con la latitud geográfica, y no es éste el menor elogio que debemos á la sinceridad de su visión.

¿De qué medios dispone el pintor para contarnos así las aventuras de su mente? Es menester averiguarlo, ya que no hay crítica sin análisis descarnado, ni obra de arte sin ejecución y factura. ¡Ah, la factura! Candelil de verano, donde los insectos se queman las alas.

Y bien, delante de los cuadros de Meifrén, lo menos visible es la factura; ellos reflejan la naturaleza, como pudieran hacerlo los espejos... si fueran impresionables. Al fin, nos es dado ver en este país un grupo

de pinturas contemporáneas, que no imiten de muy lejos á Fortuny y que dejen en paz las banales preocupaciones del oficio, la prestidigitación con todas sus monerías y gracias amaneradas.

La factura de Meifrén es amplia, llena de espontaneidad y de franqueza; sabe detenerse á tiempo en el justo punto en que la insistencia sería inútil y por lo tanto penosa; sus indicaciones son elocuentes á fuerza de ser sumarias; su habilidad está siempre sometida á las necesidades del conjunto, á las exigencias del valor de los tonos, á la intimación de la síntesis.

Por esto, su obra es verídica, variada, persuasiva é interesante, precisamente porque su autor es un artista, es decir, un individuo capaz de contrariarlo todo, con excepción del enjambre de caprichos que constituye su propio temperamento.

EDUARDO SCHIAFFINO

LA FERIA DE SEVILLA

(Al empezar y al concluir).

Y digo concluir, porque todo lo que está fuera del orden regular trae el desquiciamiento y, por lo tanto, la terminación.

Esta época del año en que Sevilla trastorna, por más de un concepto, al que tiene la suerte de poderla visitar, es indescriptible; su ambiente, perfumado por el simbólico azahar, las melancólicas acacias, los alegres claveles y las exuberantes rosas, hace exclamar al que lo percibe: «¡El Paraíso está, indudablemente, en Sevilla!» Su cielo, de puro y limpio azul, no puede compararse con ningún otro; el de Italia, tan cantado en poéticos himnos, es pálido y triste.

Sólo contemplando á Sevilla en sus noches primaverales ó al radiante y claro sol que llena sus días de alegres cantos, se comprende la poesía que encierra.

La Feria era en sus comienzos verdaderamente típica y, únicamente viéndola, podía formarse idea de ella.

Las casillas de lona, rayadas en blanco y azul (que se calaban si llovía) encerraban bajo sus telas lo mismo al modesto labrador que iba á vender sus guindos, que al opulento aristócrata; á la linajuda dama, co-

mo á las de las clases medias de la sociedad. Por un pequeño donativo al Ayuntamiento, para los Asilos de Caridad, todos los sevillanos adquirirían el derecho de poseerlas.

En la casilla de los Condes del Aguila se daban almuerzos y fiestas constantes en esos tres días; pero fiestas á la andaluza, en donde las hermosas mujeres que entonces llenaban á Sevilla de esplendidez — porque indudablemente en todos los pueblos hay épocas en que las mujeres son más hermosas, — con derroche de gracia, donosura, flexibles talles y diminutos pies, bailaban llevando el traje de majas, bien con la airosa mantilla de tira, bien con el chispeante sombrero calañés de ancho barbuquejo; habiendo lucido allí su hermosura y arrebatador conjunto la entonces Condesa de Teba, hoy triste Emperatriz que fué de los franceses.

Los bailes al són de las melancólicas guitarras, pulsadas por encoquetadas y hermosas señoritas, fueron típicos, notabilísimos, inolvidables.

Época de alegría franca, de refinada distinción, no hubo quien la presenciara, sin que años después y cuando muchos de sus protagonistas

habían ya fenecido, las recordasen con pena, diciéndose: «época tan brillante no volverá jamás.»

Casi desde los comienzos de la Feria, SS. AA. RR. los Duques de Montpensier instalaron también su caseta, de forma redonda sobre pequeña tarima de madera, á la que se entraba por dos rotondas que á sus extremos tenía; rayada también de azul y blanco, y sin ningún signo de la realeza que en ella se encerraba. En aquellos tres días los augustos Príncipes pasaban allí de la mañana á la noche; dispensando toda etiqueta, en compañía las más veces de todos los Príncipes de la casa d'Orleans, así como de la Santa Reina Amelia en 1854, y sentando en su mesa á las autoridades y personas de su intimidad y servidumbre, mientras los niños de éstas jugaban con los Infantitos en el pequeño jardín que rodeaba la caseta real, á la vista del público. Esta sencillez y unión de todas las clases sociales llamaba la atención y hacía crecer cada día más el cariño y respeto que á los Infantes profesaban los sevillanos en general.

Cuanto al principio existía de grande, de bello y de hermoso, respirando alegría y distinción, ha desaparecido; la mayor parte de las linajudas damas que la prestaban encanto han pagado el común tributo á la tierra; las que restan, agoviadas por los años y los sufrimientos físicos y morales, viven completamente separadas del mundo.

Aquellas beldades que llenaron á Sevilla de esplendor, entre las que tanto sobresalieron la Princesa de Anglona, Pepita Montelirios (Condesa), la de Albetos (Marquesa), Salvadora Negron (Marquesa), Valentina y Felisa Monteagudo (Condesa), la abandonaron para siempre, y seguramente será muy difícil vuelva á reunirse tanta hermosura aristocrática como la que por entonces fué gala de la capital andaluza.

Los distinguidos jóvenes que se llamaron Juan Ponce (Conde de Cantellán), Pepe Sales (Marqués), Antonio Albetos (Marqués), Enrique Montelirios (Conde), García Costelleja (Marqués) y otros muchos que tampoco existen, vistiendo también el traje característico del país, hacían derroche de finura y galantería en torno de las lindas hembras, á lo que les ayudaban no menos galantes, apuestos y distinguidos jóvenes de Madrid y de otras provincias, entre los que se vieron siempre en primer término los hijos del Duque de Rivas, á quien tanta poesía inspiró Sevilla

y su Guadalquivir. El transcurso de los años y las conmociones sociales, han hecho cambiar por completo el aspecto de la Feria de Sevilla, quitándole todo lo típico que en ella se admiraba. Sus casetas se han ido transformando; hoy son de madera, cubiertas de zinc, (ya no se calan) les ponen cortinas de raso, grandes lámparas, alfombras y todo género de adornos propios de salones, de suerte que resultan pesadas y desdican de lo que representaron en sus buenos tiempos. Por las noches, caballeros y señoras se visten casi de etiqueta; costumbre altamente ridícula y agena á toda distinción y buen tono; habiendo cambiado en el mismo sentido ridículo hasta los puestos en que antes se ponían las graciosas, bellas (algunas), y dicharacheras jitanas; hechos entonces con blancas telas, cuya transparencia apenas resguardaba de los rayos del sol, y á los cuales iban á tomar el chocolate con los clásicos buñuelos, á las siete de la mañana, las damas y señores de más fuste, y en donde se oían á cada paso chistes de buen género y chispeantes agudezas.

En uno de esos sitios, paróse un día delante de la Infanta María Luisa, que á su lado llevaba á su augusta y pequeña hija, hoy Condesa de París, la hermosa jitana Mercedes, y con la finura que en su clase aquella mujer tenía, exclamó: *Bendiga un Dibè á la rosa y su capuyo*. A la condesa de Teba, Eugenia Montijo, también una de aquellas jitanas, al verla tan hermosa, le dijo: *Anda, que Emperatrix has de ser*; frase que después se ha tenido por predicción.

Hoy, también los descendientes de los Caldeos están fuera de lugar, queriendo hacer de sus limpios puestecitos de antes, casas de señores, llenos de cortinas y flores artificiales; un compuesto hete eogéneo de trapos y adornos de mal gusto.

Hoy en todo domina la ambición y el lujo aparatoso; por más que las ventas de ganados se realicen con mayor ó menor ventaja, el aspecto típico de la Feria no es el mismo; ya no existe la primitiva, la verdadera, la clásica del siglo XIX.

Nada en la vida acaba como empieza. Ayer, elegancia, distinción, poesía. Hoy, lujosa vista, mas sin la realidad encantadora que, en tiempos lejanos, hizo un encantador edén de la Feria de Sevilla.

LA CONDESA DE BLANCA LUNA

